

FERRAN REQUEJO

## Dos locos van de copas

Las grandes obras literarias acostumbran a ofrecer derivadas políticas y filosóficas. A principios del siglo XVII veían la luz *El Quijote* y el *Rey Lear*, dos textos realmente modernos de dos personajes enloquecidos que recibimos con un renovado frescor cuatrocientos años más tarde. La primera produce una cómplice simpatía cotidiana, la seguida un profundo desasosiego sobre la condición humana.

Uno de los mayores atractivos de *El Quijote* está en la relación que mantienen sus dos personajes centrales. Ambos se mueven en planos distintos pero el autor nos hace ver que no pueden sino interferir, desde la locura y desde el realismo; si los dos quieren vivir mejor. El resultado es un diálogo en el que los dos personajes se respetan, se escuchan y se

**CUANDO CREEMOS QUE  
somos más el personaje que  
interpretamos que la persona  
que en realidad somos no hay  
redención ni reconciliación**

www.lavanguardia.com

transforman mutuamente. La locura de Alonso Quijano nos propone un cierto canto a un escepticismo epistemológico como equipaje intelectual conveniente para hacer camino en la vida. El *Rey Lear*, en cambio, no hace concesiones filosóficas a ese sabio escepticismo cervantino. Aquí, la locura se presenta como el único camino de salida a la situación de Lear en tanto que rey destronado y, por tanto, prescindible. En este caso la locura no está sino abocada al horror. Muestra un vacío metafísico tan humano que sólo parece comprensible por suicidas, místicos o apocalípticos totalitarios. La locura de Don Quijote nos resulta

F. REQUEJO, catedrático de Ciencia Política en la UPF y autor de *'Pluralisme i autogovern al món. Per unes democràcies de qualitat'*, Eumo 2005 (ferran.requejo@upf.edu)

simpática, la de Lear resulta temible porque nos aboca a nuestros abismos interiores. Unos abismos que se expresan cotidianamente en los desajustes y las distancias que todos los humanos sobrellevamos en nuestras vidas, aquellos que se dan entre nuestras convicciones y nuestros afectos, entre lo que vivimos y lo que expresamos, entre nuestros discursos y nuestras acciones, entre lo que sentimos y lo que somos capaces de decir.

Tanto Cervantes como Shakespeare son finos moralistas más cercanos a describir el mundo que a postular cómo debe ser transformado. Ambos nos vienen a sugerir que decir "humano" es decir ambivalencia; que el maniqueísmo no pertenece a nuestro mundo. Incluso el Edmundo del *Rey Lear*, el mal hijo que urde una trama política conspirativa, muestra al final su humanidad. Ciertamente, resulta más fácil imaginarse al Sancho de Cervantes y al Falstaff del *Enrique IV* de Shakespeare riéndose de la falsa seriedad de la vida en una taberna, que imaginarse a Don Quijote y Lear rivalizando por ver quién emula mejor su sentido trágico y cuál de sus locuras es la más atinada. Pero es importante retener que ninguno de los dos autores se muestra nada seducido por las grandes palabras, tan frecuentes en las ideologías políticas o morales de cualquier época. Al mismo tiempo ambos nos muestran también que el escepticismo es sólo una estación intermedia en el discurrir humano, no la estación término.

El más radical es Shakespeare, quien además de no creer ni estipular falsas esperanzas en la vida humana no se contenta en quedarse en la ironía salvadora del diálogo de Cervantes. Pero ambos nos muestran que no somos mucho más que unos sujetos que fantaseamos con la pretendida verdad y validez de nuestras ilusiones verbales. De hecho, en la



MESSEGUER

falta de credulidad vital que muestran las tragedias más políticas de Shakespeare (*Julio César*, *Macbeth*, *Coriolano*) no se salva ni la democracia —el pueblo, "la bestia de mil cabezas" de opiniones volátiles.

A diferencia de lo que hace Don Quijote en su locura, Lear sólo escucha a los demás cuando no tiene más remedio, cuando el error de su confusión de los ámbitos público y privado no tiene ya marcha atrás. Los personajes con los que deambula en su loco exilio interior no se prestan ya al diálogo cuando el rey ya no le es por haber dividido su reino. Estos persona-

jes que desfilan con el ex rey enloquecido son ya toda una galería de intenciones dramáticas: un bufón, un mendigo, un ciego y un deficiente. Cuando, como hace Lear, creemos que somos más el personaje que interpretamos que la persona que en realidad somos no hay redención ni reconciliación posible. Ser más sabios implica entonces ser más infelices. Es conocer que no hay nada que ofrezca un fundamento moral a las acciones humanas y que el absurdo está detrás de todas ellas, sean buenas o malas. Las ratas viven, Cordelia no. Pero nuestro cerebro no está preparado para el absurdo. La paz final de la obra (y de la vida en estas circunstancias) no puede ser más que la de los cementerios.

El cerebro humano propende a crearse sus invenciones míticas y conceptuales a pesar de lo que los ojos le muestran cada día sobre el comportamiento de la especie. Creo que ello debería ser un acicate para construir democracias de una mayor calidad moral, a sabidas de la fragilidad moral humana y del permanente contraste entre los distintos modos que tenemos de decir y de actuar en la vida. Hablar nos caracteriza mucho, pero nos constituye poco. Nos distingue de otras especies del planeta, pero nos hace proclives a vernos desvinculados de estas últimas al creernos ingenuamente las ficciones que nosotros mismos creamos. Y ello es un error saludable que Cervantes y Shakespeare nos recuerdan a cada paso: las palabras son ficciones que necesitamos; son un sedante frente a las locuras y al absurdo que nos constituye; son el bagaje que iguala al iletrado y al filósofo ingenuo que aún se pretende racionalista, en una cómoda ignorancia con la que transitar mejor por la vida.◻

A Mariona Cosa y Josep M. Lozano